Periodismo y democracia en la era de las emociones

Josep Carles Rius

PERIODISMO ACTIVO 21

Periodismo y democracia en la era de las emociones

Periodismo y democracia en la era de las emociones

Josep Carles Rius

Epílogo de J. J. Caballero Gil

Universitat de Barcelona
Edicions

Para mi familia. Mi esposa, Maria Josep; mis hijos, Anna y Pol, Oriol y Úrsula; mis nietos, Júlia, Marc y Gabriel. Mis mayores, Lluís y Joana, Francisco y Montserrat. Y para todas las buenas personas con las que he trabajado.

ÍNDICE

Preliminar. *Sin democracia, no hay periodismo (sin periodismo, no hay democracia)* 11

El desafío de las democracias 21

En la era de las emociones 23
Israel y Palestina: la espiral del odio 37
Ucrania, un crimen de raíces profundas 57
Cuando la democracia está en juego 69
La vida por el periodismo 91
Ante el discurso del odio y las brasas del fascismo 105
Desbordados por la pandemia 119
Lecciones del largo invierno de Donald Trump 127
El tuit que cambió la historia 143
Brexit, de las mentiras a la dura realidad 149
No es polarización, es resistencia 159

Bajo el imperio de las plataformas 163

Entre el bien y el mal 165
Los algoritmos y la caja de resonancia 175
Aires de rebelión en internet 185
Juicio a Silicon Valley 201
Un examen para la prensa 205

El «procés» en Cataluña, un caso de libro 211

Bajo el impacto de ocho olas emocionales 213
El conflicto..... 235
Propaganda: a la conquista del marco mental 247
La gran simulación 257
El dominio de las redes..... 265
Periodismo: del falso oasis a la trinchera..... 271
El factor TV3..... 281
Epílogo del *procés* 293

Cara y cruz del ecosistema mediático 297

Entre dos crisis..... 299
Trumpismo con prensa a favor 317
Una oportunidad para los grandes periódicos..... 329
Pantallas, la fábrica de las emociones..... 341
Libertad de expresión, palabras y hechos..... 355
Clickbait, todo por la audiencia 361
En busca de alternativas..... 371

Los grandes retos del periodismo 395

La ética, el valor imprescindible del periodismo..... 397
El difícil camino hacia la verdad 405
Transparencia y claridad, dos exigencias democráticas 415
Credibilidad y confianza, los bienes que nunca debieron perderse 419
Independencia profesional en tiempos de fragilidad..... 423
Cuando la fatiga informativa es una emergencia..... 431
Inteligencia artificial, entre la amenaza y la oportunidad..... 439
Objetividad y neutralidad, el debate eterno 443

Epílogo (o algo parecido), *por J. J. Caballero Gil* 451

PRELIMINAR

Sin democracia, no hay periodismo (sin periodismo, no hay democracia)

Como el lector seguro que percibirá desde la primera línea, este no es un libro neutral: toma partido por el periodismo con horizonte ético, independiente, comprometido con los derechos humanos, con vocación de acercarse lo máximo posible a la verdad de los hechos y con voluntad de ejercer la crítica y el control de los poderes, incluido el mediático. Y tampoco es un libro objetivo, porque la objetividad no existe. Este libro es producto de reflexiones profesionales y académicas. Y de la experiencia.

La experiencia, personal y colectiva, va fijando nuestra percepción de la realidad, pues la miramos con el cristal de nuestros pensamientos, de las emociones, de las vivencias de cada uno. Sin embargo, pese a los límites de la objetividad, los periodistas debemos aspirar a una información veraz. ¿Cómo? Con la honestidad, que debería ser la esencia ética de nuestro oficio.

Pretendo que este libro sea el resultado de una mirada honesta sobre la realidad. No obstante, cuando se habla de *periodismo y democracia en la era de las emociones*, es inevitable que los sentimientos acaben aflorando. He profundizado acerca de la manera en que potentes dinámicas emocionales han podido condicionar el trabajo y la vida de periodistas de todo el mundo, y he buscado respuestas sobre cómo estos las han afrontado. No soy una excepción.

La humanidad ha estado sometida en los últimos decenios a crisis económicas, políticas, sociales y de salud global que, a su vez, han tenido un impacto emocional inmenso. A principios de 2022, cuando empezábamos a vislumbrar el fin de la pandemia, el régimen de Vladímir Putin inició la invasión de Ucrania. Aquel 24 de febrero todo cambió. Fuimos conscientes del avance de los regímenes totalitarios, que silencian a sus periodistas independientes para, así, poder imponer la propaganda sobre la que justificar y sustentar sus crímenes.

Otra fecha imborrable en la historia de la humanidad es el 7 de octubre de 2023, cuando Hamás cometió la masacre terrorista en Israel que desencadena-

ría un conflicto genocida, con miles y miles de palestinos asesinados en Gaza, un tercio niños y niñas. Y en esta ocasión, el Estado que cometía los crímenes de lesa humanidad era una democracia formal. La escalada de odio y muerte que la humanidad presenció en directo en sus pantallas constituye la expresión más desoladora, más triste, de lo que llamamos *la era de las emociones*.

Este libro pretende abordar el vínculo imprescindible entre el ejercicio de la democracia y el periodismo responsable, honesto y comprometido con la ética. Para eso es necesario denunciar las malas prácticas y desenmascarar a los falsos medios de comunicación, y el sectarismo y la propaganda que se disfrazan de periodismo.

Los periodistas que tenemos el inmenso privilegio de aspirar a ser libres debemos estar aún más comprometidos en la defensa de la democracia, porque el mecanismo siempre es el mismo: una élite utiliza los sentimientos de una población concreta para manipularlos en beneficio propio. Esta élite se sirve de una determinada confluencia de factores para crear procesos que consoliden el poder político, social y económico que ya ostenta; para que las emociones, a menudo sustentadas en hechos reales, se pongan a su servicio. Recurre a la propaganda, la manipulación y la mentira, a la complicidad de supuestos periodistas, a medios convertidos en actores de adoctrinamiento. No sin antes acallar las críticas, el pensamiento libre. Impone la hegemonía cultural.

Sin este propósito, perseguido durante años y años, Putin no habría podido convencer a una parte importante de la ciudadanía de que la invasión de Ucrania era una *acción militar especial* para proteger, precisamente, a las que han sido sus víctimas. Sin reprimir antes toda expresión democrática, sin establecer una férrea censura, sin recurrir al viejo sentimiento nacionalista de la madre patria rusa, sin la represión de quienes tienen el coraje de plantar cara, Putin no habría podido ejecutar su agresión.

¿Y qué argumentos, relatos, justificaciones o supuestos principios morales utilizan quienes atacan la democracia? Recordemos que, salvando las distancias históricas y los contextos de cada caso, los *enemigos* de la democracia beben de las ideas y los métodos que vinculamos al fascismo, ya sea desde el exterior (totalitarismos) o desde el seno de los propios sistemas democráticos (extrema derecha). Por eso debemos cuidar nuestras democracias y denunciar todo aquello que contribuye a hacerlas más frágiles. Y la defensa debe empezar por Ucrania, pero debe seguir por la actitud militante en nuestros propios países, en nuestro trabajo diario, en nuestros compromisos. Porque aquí, en Occidente, también tenemos graves fisuras democráticas. Los delirios de Donald Trump durante su presidencia nos pueden recordar a los de Vladímir Putin. Pero Estados Unidos es una democracia consolidada, con contrapesos, con un potente sistema mediático comprometido con los valores democráticos, y pudo resistir a su propio presidente.

El uso perverso de las emociones por parte de élites sin escrúpulos resulta un hilo conductor que recorre todo el libro y que, de alguna forma, sirve de vínculo entre los diferentes fenómenos que se abordarán en él. Por ejemplo, el sentimiento de superioridad, en relación con el nacionalismo como instrumento de exaltación patriótica y de poder, está detrás del fenómeno del Brexit, que fracturó a la democracia más antigua de Europa, la de Gran Bretaña.

El otro hilo conductor del libro es la idea de que, cuando abrazamos la idea del *bien superior*, ya no hay posibilidad de discernir. Se aplica siempre. Y, poco a poco, sin darnos cuenta, vamos horadando principios básicos de la democracia y la convivencia. Se trata de una pendiente de la que sabemos dónde comienza, pero no hasta dónde nos lleva. La historia está llena de ejemplos de sociedades que, lentamente, se deslizaron —se deslizan— hasta el desastre. Por eso es tan importante reaccionar siempre que se encienden las luces de alarma. Cuando las emociones se imponen a la racionalidad.

Y es que la defensa de una causa noble, el *fin*, puede provocar los efectos contrarios a los deseados, precisamente porque se decidió que no importaban cuáles fueran los medios para conseguir el objetivo. Es un dilema político, pero también ético, que hemos sufrido en momentos de nuestra historia más reciente.

Estos procesos emocionales constituyen un inmenso reto para el periodismo, en la medida en que ponen a prueba la vocación de equidad y la de situar la búsqueda de la verdad por encima de los propios sentimientos e ideología. En 2016 publiqué el libro *Periodismo en reconstrucción* (Edicions de la Universitat de Barcelona). Desde entonces, se han sucedido acontecimientos tan trascendentales como la pandemia, la victoria y derrota de Donald Trump, el Brexit, las crisis de refugiados, diversos fenómenos populistas en nuestro país, el ascenso del neofascismo en Italia, la expansión del poder de las grandes plataformas, la invasión de Ucrania, el conflicto genocida en Palestina...

Durante estos siete años he seguido ejerciendo la docencia y el periodismo. La experiencia vivida me reafirma aún más en la necesidad de ser radicales a la hora de llevar la democracia a todos los ámbitos de la vida. También al profesional. Necesitamos encontrar fórmulas para que el funcionamiento de los medios sea democrático, ya que a menudo no lo son, y muchas redacciones se han convertido en verdaderas dictaduras, en las que los periodistas asisten impotentes a procesos de degradación ética en los medios en los que trabajan. Y la revolución digital, que debía contribuir a la democratización en los medios de comunicación, ha servido, en ocasiones, para crear medios en los que son los propios periodistas quienes reproducen los peores hábitos de la prensa convencional.

Decía al inicio que, para hablar de *periodismo y democracia en la era de las emociones*, lo más honesto es abordar la propia experiencia vital. Que el lector sepa, ya desde el principio, cuáles son los sentimientos del autor. De todos los

fenómenos emocionales sobre los que escribo en el libro, el que he vivido en primera persona, como ciudadano y como periodista, es el conocido como el *procés* en Cataluña. Por eso le dedico una parte del libro. Considero que profundizar en un caso concreto nos sirve para proyectarlo más allá y encontrar respuestas que sean, a la vez, locales y globales. En cualquier caso, el lector debe conocer desde la primera línea que el autor del libro no es ajeno al impacto emocional del momento histórico que vivió Cataluña durante el *procés*, que alcanzó su cenit en el año 2017, pero que todavía sigue muy presente en la sociedad catalana. Por eso le dedico la segunda parte del prólogo.

La memoria se fija a través de las emociones. Me quedaron grabados los días que siguieron a los atentados yihadistas de la Rambla de Barcelona y Cambrils, en agosto de 2017. Fueron días de dolor, conmoción y solidaridad con las víctimas. Pero también afloraron otros sentimientos. Era el momento álgido del *procés* en Cataluña, del conflicto político entre un amplio sector de la sociedad catalana y los poderes del Estado.

Tenía la esperanza de que el duelo y el respeto a las víctimas (16 muertos y cerca de 350 heridos) bastaran para firmar una tregua. Sabemos que no fue así. Si unos y otros llevaban años viviendo en la dinámica del todo vale para conseguir sus objetivos, ¿por qué en aquella ocasión iba a ser diferente? ¿Por las víctimas? ¿Porque sufrimos un atentado islamista que nos unía en el dolor y la defensa de la libertad? ¿Porque ya padecimos una tragedia de estas dimensiones en 1987, en Hipercor, y compartimos juntos las lágrimas y la indignación? Muchos creíamos que eran motivos suficientemente sólidos para la tregua. No fue así.

Algunas de las respuestas que pudieron verse justo después de los atentados del 17-A no eran un capítulo más de la acelerada historia de los últimos años, era el síntoma más evidente, más triste, del desafío moral al que nos enfrentábamos: los dos polos que intentaron instrumentalizar los atentados respondieron, quizás sin ser conscientes, que sus *nobles causas* estaban por encima del dolor y del respeto. Que merecían romper el silencio en beneficio propio.

Decía que, cuando abrazamos la idea del bien superior, ya no hay posibilidad de discernir. Por eso es tan importante reaccionar siempre que se encienden las luces de alarma, como ocurrió tras los atentados de Barcelona y Cambrils. Sin embargo, nadie atendió a las señales de emergencia y vino luego lo que vino. Ninguna frase puede resumir la complejidad vivida en Cataluña. Pero, si existe una expresión adecuada, es ese viejo aforismo que la sabiduría popular atribuye a Maquiavelo: «El fin justifica los medios». Este aforismo lo aplicó la mayoría independentista en el Parlament de Catalunya en las sesiones del 6 y 7 de septiembre de 2017, cuando aprobó las llamadas «leyes de desconexión» que incumplían el Estatut de Autonomia y la Constitución. Y también lo aplicaron los poderes del Estado, el día 1 de octubre, con la brutalidad poli-

cial contra los votantes en el referéndum y, después, con el abuso de la prisión preventiva aplicada a los líderes sociales y políticos del *procés*.

Vimos entonces cómo la defensa de una causa noble, el *fin*, puede provocar los efectos contrarios a los deseados. Precisamente, porque se decidió que no importaban cuáles eran los medios para conseguir el objetivo. Es un dilema político, pero también ético, que se mostró con todo su dramatismo cuando debíamos recordar en silencio y respeto a las víctimas de los atentados de Barcelona y Cambrils. Y algunos prefirieron el ruido de su causa.

Los motivos que llevaron a prácticamente la mitad de la ciudadanía catalana a abrazar el independentismo tienen fundamento. Raíces y razones poderosas. La primera, un sentimiento de nación que los poderes del Estado se niegan a reconocer. Pero el *procés* fue otra cosa: fue una estrategia de poder por parte de una élite. Y, para ello, el fin justifica todos los medios, empezando por sacrificar la verdad.

Por eso ejercer el periodismo no fue nada fácil en Cataluña durante muchos años. El *procés* viene de lejos, de muy lejos, y cada periodista podría contar cómo lo ha vivido en su propia experiencia profesional. Algunos deberían explicar cómo lo alimentaron. Otros, recordar cómo lo han sufrido. Pero nadie puede afirmar que ejerció su trabajo sin verse afectado, porque, en Cataluña, el periodismo estuvo en el epicentro del seísmo y de sus constantes réplicas.

Sin la complicidad de muchos periodistas y de numerosos medios de comunicación, públicos y privados, habría resultado imposible crear una realidad paralela basada en las emociones y no en los hechos. La verdad empírica, factual, fue despreciada no solo por los políticos que lideraban el *procés*, sino también por responsables de los medios, periodistas, articulistas, tertulianos... Porque una parte de la población premiaba con su audiencia estos comportamientos. Y así se fue generando una inmensa burbuja emocional.

A la hora de construir la *posverdad*, el poder político contó con la complicidad de numerosos medios de comunicación y la implicación de una parte muy importante de la ciudadanía. La suma era imbatible. El resultado encajaba perfectamente en la definición que el diccionario Oxford hizo del término *posverdad*. Es decir, la distorsión que se da cuando «las llamadas a la emoción y la creencia personal influyen más en la gente que los hechos objetivos».

El camino trazado para conquistar el derecho a la autodeterminación, el *procés*, estaba fuera de la realidad. Y, sin embargo, muchos periodistas y medios de comunicación, en lugar de velar por su veracidad, le dieron su aval. Lo amplificaron. Contaron las bondades de una travesía que acabó en desastre. Renunciaron a la información y, conscientes o no, entraron en el territorio de la propaganda. ¿Por sectarismo? ¿Por convicción? ¿Por oportunismo? En cualquier caso, una parte del periodismo, en Cataluña, renunció a su compromiso con la verdad.

Enfrente, los poderes políticos, económicos y mediáticos que se sintieron amenazados por el *procés* también activaron todos sus resortes. Guerra sucia. Manipulación. Portadas insultantes. Y, de nuevo, la verdad volvió a salir malparada. Era el escenario ideal para los medios y los periodistas de trinchera, defensores de causas, del blanco o el negro, de la *misión* por encima de cualquier deontología profesional. En los conflictos, ya lo sabemos, la verdad es la primera víctima.

El *periodismo de trinchera* es el más fácil y el más rentable. Tiene la audiencia asegurada. Es una tentación tan fuerte que periódicos convencionales, e incluso algunos de los que se presentan ahora como regeneradores, acabaron escribiendo lo que su público quería oír, y renunciaron a la responsabilidad de asumir el riesgo de contar aquello que su audiencia necesitaba saber, pero no quería escuchar. Martín Caparrós lo cuenta de forma magistral en el artículo «Contra el público» (véase página 369).

Esta actitud tiene sus costes: muchos periodistas que alimentaron el *procés* se sienten prisioneros de sus propios lectores. Algunos persisten; otros optan por la discreción. Y quienes reconocen errores son dilapidados en las redes. Porque el *monstruo* creado con tantos años de posverdad alcanzó vida propia en Cataluña. Por eso, navegar a contracorriente resulta muy duro. Pero vale la pena: es la mejor garantía para sentirse libre.

Si el libro va de democracia y periodismo, pienso que es un ejercicio de justicia recordar a los periodistas que, tras el franquismo, abrieron las puertas de la libertad de información en nuestro país. A finales de los años ochenta, cuando me iniciaba en el oficio, entré a trabajar en la redacción de *El Periódico de Catalunya*. Allí estaba Josep Pernau, símbolo de esa minoría que inspiró a las nuevas generaciones de periodistas. Y también José Martí Gómez, Margarita Rivière y Josep Maria Huertas. Con Martí, Rivière y Huertas coincidí después en *La Vanguardia*.

Fueron cuatro de los grandes referentes de nuestra generación, aunque siempre negaban esa condición. José Martí Gómez escribió incontables crónicas, muchas dedicadas a personajes a los que «las circunstancias les llevaron por la mala vida», como él explicaba. Nunca perdió la mirada humanista. Ni la fe en la bondad. La encarnaba como nadie, quizás porque conocía, también como nadie, la fragilidad del ser humano.

Sus crónicas judiciales y sus libros constituyen un retrato de los perdedores y, con ellos, de una sociedad injusta. Sin sermones. Con datos precisos, anécdotas que servían para contar categorías, con vivencias, con testigos, Martí iba tejiendo un retrato de sus personajes. Y el lector sacaba las conclusiones. Los periodistas de mi generación, en compañía de nuestros referentes, vivimos los mejores años de la prensa escrita, en los ochenta y los noventa. Sufrimos también los malos tiempos, que se hicieron evidentes con la gran depresión de 2008.

Algunos periodistas con pocos escrúpulos aprovecharon la fragilidad de los editores para hacerse con el poder en los grandes diarios e imponer auténticas dictaduras en las redacciones. Quienes nos resistimos pagamos las consecuencias. Nunca olvidaré el día en que perdí la batalla final en *La Vanguardia*: Martí, entonces colaborador (ya se había jubilado), se fue a ver al director para comunicarle que dejaba de escribir en el diario como protesta. Era el año 2009. Nunca regresó.

Margarita Rivière abrió el camino en la defensa de los derechos de las mujeres, dentro y fuera de las redacciones. Remó a contracorriente, como mujer, como periodista y como ciudadana comprometida con las libertades. De ella me quedo con un instante: Margarita Rivière presentaba su última obra, *Clave K*, el 25 de marzo de 2015 en la librería +Bernat de Barcelona. Su salud ya no le permitió asistir, pero envió un vídeo cargado de pasión, que se convirtió en su despedida. Moría cuatro días después. Es como si se hubiera guardado unas últimas fuerzas para hacer ese parlamento, que fue un canto a la libertad, como lo era su última obra y como lo era su vida.

En los años noventa, en plena hegemonía del pujolismo, Margarita Rivière llegó a la conclusión de que la única manera de contar ese régimen era a través de la sátira, y escribió una novela en la que, entre el país, la ciudad y los personajes imaginarios, se vislumbraba un poder corrupto que después la realidad superó con creces. Entonces, todos los que leyeron el original le desaconsejaron su publicación y *Clave K* tuvo que esperar quince años para ver la luz. Margarita Rivière formaba parte de los periodistas que se comprometieron con el antifranquismo y con la transición hacia las libertades y la democracia. Por eso vivió con tanta tristeza la degradación política y los movimientos que fracturaron la sociedad catalana.

Josep Maria Huertas quiso librar su última batalla en defensa del periodismo como decano del Colegio de Periodistas de Catalunya. José Martí Gómez y yo le acompañamos y fuimos elegidos en mayo de 2006. Huertas Claveria era uno de los grandes referentes de la profesión, así como uno de los símbolos de la libertad de expresión y de la defensa de la dignidad en el oficio. Estaba considerado el padre de toda una generación de periodistas, a los que había formado en las redacciones de casi todos los periódicos de la ciudad. Su encarcelamiento por parte del franquismo, el 23 de julio de 1975, provocó la primera batalla por la libertad de expresión en España. Fue condenado a dos años de prisión por escribir un artículo crítico con los militares. Las movilizaciones de los periodistas fueron constantes durante los ocho meses que estuvo en prisión.

Sobre el papel, era el mejor decano posible. Pero tenía dos problemas: era incómodo para las empresas editoras y era independiente respecto a los partidos políticos, dos condiciones insoportables para aquellos periodistas que habían accedido a la Junta del Colegio de Periodistas con el objetivo de defender

los intereses de sus empresas, o bien sus intereses ideológicos. Huertas fue víctima de una implacable campaña de acoso y derribo por parte de algunos miembros de la Junta durante los diez meses que fue decano, de mayo de 2006 hasta su muerte, el 4 de marzo de 2007. Los tiempos habían cambiado, y Huertas era solo un obstáculo para sus objetivos y el de determinadas élites políticas que pretendían controlar el Colegio profesional. A mí me tocó sustituirle como decano.

Estos periodistas, y estas élites, no veían el Colegio como una plataforma para defender el periodismo, sino que veían en él un instrumento para sumar a su causa, ya fuera política o empresarial. Y para ello estaban dispuestos a cruzar todas las fronteras éticas que fueran necesarias. Cuando vi el rostro del sectarismo después del atentado de la Rambla y Cambrils, me vinieron a la memoria las mismas actitudes que habíamos sufrido en la sala de juntas del Colegio. La dinámica era la misma: «el fin justifica los medios».

Recuerdo que, al final de cada reunión, Josep Maria Huertas, Joan Guerrero, Enric Frigola, María Favà, Eduard Sanjuán, Montserrat Melià, los añorados José Martí Gómez y Pilar Casanovas y yo nos preguntábamos por qué recibíamos ese trato por parte de otros miembros de la Junta. ¿Por qué nos consideraban enemigos, si todos estábamos allí, según creíamos, para defender el periodismo? ¿Por qué percibíamos esa animadversión y ese rechazo en cada mirada, en cada palabra, por parte de algunos miembros de la Junta? ¿Por qué esa beligerancia?

Quienes acompañábamos a Huertas Claveria éramos gente muy diversa. Nos unía el respeto por lo que su figura representaba en la defensa de la libertad de expresión, en el periodismo independiente. Huertas era crítico con los poderosos, comprometido con los débiles, profundamente libre, incómodo. El periodismo que defendía reivindicaba la bondad y el compromiso ético a la hora de buscar la veracidad de los hechos, de forma honesta, nunca neutral frente a la injusticia. Era un periodismo basado en la maestría entre generaciones.

Y no encontrábamos una explicación a la hostilidad sin tregua por parte de un sector de la Junta. La respuesta llegó después, cuando vimos que ese espíritu de confrontación, de rechazo al otro, de marginación del que piensa diferente, se estaba extendiendo por la sociedad catalana. Cuando vimos la obsesión por parte de determinados ámbitos políticos por controlar el periodismo, los medios y las instituciones de la profesión. En el fondo, lo que habíamos vivido, y sufrido, en la Junta del Colegio era el prólogo de lo que más tarde marcaría nuestra historia reciente.

En junio de 2013, la ciudad de Barcelona dedicó una plaza a Josep Maria Huertas Claveria, en Poblenou, su barrio. Y cuando, en 2017, la Generalitat de Catalunya pudo anular las condenas del franquismo, el primer certificado que expidió fue el suyo. Asimismo, en julio de 2021, Barcelona decidió dedicar una

plaza a la periodista Margarita Rivière en su barrio, Les Corts. Ese lugar llevará su nombre en reconocimiento a su compromiso con el periodismo y con los derechos de las mujeres.

Cada vez que paso por estas dos plazas siempre siento una mezcla de tristeza, por los amigos perdidos, y de agradecimiento, porque esas placas son también un acto de justicia, de reparación por todo lo que tuvieron que pasar en el último tramo de sus vidas.

La experiencia del decanato te cambia. Te pones en la piel de miles de compañeras y compañeros. Te abre la mirada, te obliga a hacer un esfuerzo de empatía y responsabilidad que hace que, después, nada sea igual. En mi caso me convencí aún más de la necesidad de respetar y cuidar a nuestros referentes profesionales. Y de implicarme en la regeneración del periodismo. Lo he intentado con las clases en la universidad, con libros como *Periodismo en reconstrucción* y con el que ahora usted tiene entre las manos, con la creación de medios independientes, críticos, que se basen en los valores del diálogo, el reconocimiento del otro, la concordia, la solidaridad, el bien común, los derechos humanos..., medios con resortes democráticos que eviten que las redacciones se conviertan, como tantas veces ha ocurrido, en pequeñas dictaduras.

Con este espíritu, en 2012, un grupo de periodistas impulsamos la Fundación Periodismo Plural. Pensábamos que tener periódicos propios era el único camino para seguir ejerciendo el periodismo independiente, libre y crítico en el que creíamos. La sombra de la crisis dibujaba un horizonte poco alentador para estos valores. En aquel momento empezaba a ser una necesidad democrática defender la pluralidad y la diversidad de una sociedad que algunos soñaban monolítica. Por eso, el primer medio que publicamos lleva por cabecera *Catalunya Plural*. El segundo objetivo era constituir periódicos que fueran útiles a las comunidades que estaban en primera línea de defensa del estado del bienestar, de las conquistas sociales que, en aquel momento —y ahora—, estaban en peligro. De ahí nacieron *El Diari de l'Educació*, *El Diario de la Educación*, *El Diari de la Sanitat* y *El Diari del Treball*. Y también la *Revista XQ*, dedicada a un periodismo inclusivo como herramienta pedagógica.

Fue un camino muy difícil porque, durante aquellos años, todos los focos —de la política, de los medios y de una parte muy significativa de la opinión pública— estaban centrados en otros objetivos. Eran años de sectarismo, de trincheras ideológicas, de la política como espectáculo. Íbamos a contracorriente porque teníamos —tenemos— la convicción de que el periodismo es también un servicio a la sociedad, y que tiene la responsabilidad cívica de contribuir a la defensa de los derechos esenciales. Empezando por el derecho a una información veraz y de calidad.

A contracorriente porque nuestra voluntad era preservar áreas esenciales, como la educación, la sanidad o el trabajo, del conflicto político sufrido en Ca-